

Aguas aéreas

Casar pregunta

David Huerta

De estas minucias está compuesto el cuerpo de la poesía, así como de glóbulos la sangre.

La mayúscula inicial de los versos se llama versal o versalita. Ésa es la primera lección; y es nada más una parte de la respuesta debida a Casar, pues Casar pregunta —y uno está moral y poéticamente obligado a responder. ¿Cuál es la razón, el origen, el sentido y la utilidad de esa mayúscula, de esa letra versal o versalita, en el principio de los versos? Por algún lado escuchó uno campanas, hace largo tiempo, quizá décadas: ¿era para distinguir, por medio de un recurso tipográfico, un versículo bíblico de otro?

La de Casar fue una consulta amistosa, desde luego; el tema le importa, *nos* importa. Todo empezó con estas palabras:

¿De dónde sale o qué justifica esa, para mí malhadada, moda de comenzar cada verso de un poema con mayúscula? Estoy leyendo, por ejemplo, *Biblia de pobres*, de Juan Manuel Roca, y eso de las mayúsculas me obstaculiza atender en la lectura a la respiración de la puntuación. En alguna ocasión creo haberle oído (pero no estoy seguro) a Tomás Segovia, quien ahora ha adoptado esa práctica, que se trataba de señalar que cada verso es concebido por el poeta como [una] especie de antiencabalgamiento, algo como ir leyendo y hacer pausa [...] en el final de cada renglón.

No todos los poemas del mundo tienen ese rasgo. Sólo —o principalmente—, creemos, los poemas escritos o impresos “a la antigüita”, entre ellos la inmensa riada de poemas clásicos, de los llamados siglos de oro; otros, más modernos, la llevan por excepción, como los de Jorge Guillén. A Gerardo Deniz, el autor de *Cántico* le pa-

recía “una persona estimable y civilizada”; pero no podía soportar los versos guillenianos, en especial los rimados. He aquí a Deniz con sus propias palabras: “Qué latoso se vuelve el sonsonete de la rima. Me molesta hasta esa manía antediluviana de empezar todos los versos con mayúscula”. Esa frasecita, “el sonsonete de la rima”, me recuerda siempre la otra, la de Juan de Jáuregui: “el porrazo del consonante”.

La editorial Joaquín Mortiz tenía una colección exclusivamente dedicada a la poesía; se llamaba Las Dos Orillas. Ahí pudimos ver, leer muchos poemas con varias palabras del primer verso en versalitas, según costumbre más o menos común en la edición de prosa con las primeras palabras de algunos párrafos; el resto del poema seguía la sintaxis en la asignación de mayúsculas y minúsculas. Curiosamente, no todos los libros de Las Dos Orillas seguían esa regla de una porción del primer verso con versalitas.

Convengamos provisionalmente, entonces, en esto: la mayúscula en el principio de un verso es una antigualla, una “manía antediluviana”. Le va bien a los poetas de la batalla pasada, como los venerables Garcilasos, Lopes y Góngoras, en sus muy lejanos siglos XVI y XVII.

Pero cuando uno se enfrenta con dos o más ediciones modernas de Francisco de Quevedo y Villegas, por ejemplo, comienza el mareo. José Manuel Blecua, editor del *corpus* quevediano, no las utiliza en su edición en los gruesos tomos publicados por Castalia; en cambio, James O. Crosby sí las imprime en su edición manual, estudiantil y antológica, de Cátedra (*Poesía varia*); otro editor de una edición quevediana de intención “didáctica”, Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, sigue a Blecua: no utiliza

las mayúsculas versales. En unas ediciones aparecen las versales, entonces; en otras, no. Parece una regla y no lo es: apenas la constatación de este caos minúsculo protagonizado por las mayúsculas.

Si nos asomamos al facsímil de las primeras ediciones de Quevedo, preparadas e impresas por González de Salas, ahí están, en el origen, esas mayúsculas o letras versales. Mientras redacto estos renglones, tengo a la vista la página 115 de *El Parnasso español, monte en dos cumbres dividido, con las nueve Musas Castellanas, donde se contienen poesías de don Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la Orden de Santiago, y señor de la Torre de Juan Abad, que con adorno y censura, ilustradas y corregidas, salen ahora de la librería de don Josef Antonio González de Salas* (Madrid, Coello, 1648). Título largo, pomposo, muy de la época y de sus costumbres editoriales.

Ese don Josef pasó a la historia con todo y su nombre de pila, muy reluciente en el vocativo, en el famoso soneto de elogio a la lectura (“Retirado en la paz de estos desiertos”), en los versos 9 a 11 —el primer terceto, con la sintaxis de cabeza: el sujeto va al final: es “la empremta”—:

Las grandes almas que la muerte ausenta,
de injurias de los años, vengadora,
libra, ¡oh gran don Iosef!, docta la
empremta.

Así editan Blecua y Gutiérrez Díaz-Bernardo. Pero la edición de González de Salas es muy diferente, por varios rasgos y peculiaridades de orden físico (me refiero a la tipografía); en primer lugar, por las mayúsculas en el principio de cada verso, nuestro tema, nuestro pequeño tema; pero, como leemos allá arriba, en el epígrafe: “De estas

minucias está compuesto el cuerpo de la poesía, así como de glóbulos la sangre”.

El lector de a pie suele inclinarse ante la autoridad de las primeras ediciones. Ya Francisco Rico ha explicado los obstáculos a los cuales nos enfrenta ese mito autoritario, sobre todo, naturalmente, en el problemático mundo de la edición de los clásicos. En el caso de este famoso poema de Quevedo, tenemos, por fortuna —además de la primera edición de don Iosef—, un autógrafo conservado en el Museo Británico. Es el manuscrito “adicional” catalogado con el número 12108, recto de la contraguada posterior del *Trattato dell'amore umano* de Flaminio Nobile (1569); ahí aparece un borrador del soneto “Retirado en la paz de estos desiertos”. Es evidéntísimo ahí el hecho siguiente: Quevedo —a diferencia de su editor, amigo, corresponsal y confidente— no utiliza las mayúsculas en principio de verso. Muy poeta del siglo XVII y todo, don Francisco de Quevedo y Villegas no sigue en su escritura de propia mano esa costumbre “antediluviana”.

Sigue sin respuesta, empero, la pregunta inicial. Intentaré contestarla de acuerdo con uno de los fenómenos de la poesía clásica. Tiene nombre de infección respiratoria o de padecimiento gastrointestinal: *esticomitia*. El tratadista José Domínguez Caparrós, conocedor consumado de la métrica española, define así la esticomitia en su diccionario: “Distribución de las frases en las estrofas de tal forma que cada una se corresponde con un verso”. Pone como ejemplo o ilustración estos versos de Lope de Vega:

Ya Jesús está de espaldas,
y tantas penas padece,
que con ser la cruz tan dura,
ya por descanso la tiene.

Domínguez Caparrós amplía su definición inicial y al mismo tiempo la aclara:

Si, estableciendo un paralelo entre sintaxis y métrica, se piensa que hay una correspondencia entre periodo sintáctico y estrofa, el verso se corresponde con cada miembro del periodo. Esto es lo que ocurre cuando hay esticomitia. Pero lo contrario, el encabalgamiento de versos, es fenómeno bastante frecuen-

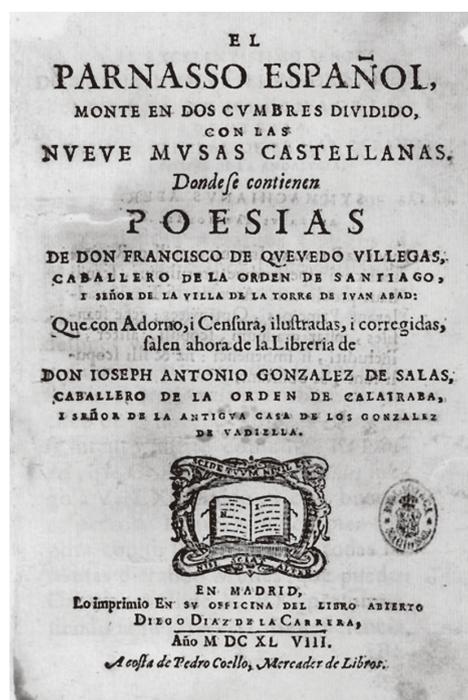
te también en el lenguaje versificado [Subrayado mío].

Destaqué lo concerniente al encabalgamiento como fenómeno opuesto o contrario a la esticomitia pues la consulta original menciona este contraste o polaridad: de un lado la esticomitia —relativa autonomía sintáctica del verso—; del otro el encabalgamiento de los versos.

La mayúscula inicial pondría de resalto la autonomía de cada verso dentro del poema, conjunto orgánico o red de vínculos —de eslabones poemáticos o “versales”. Al terminar un verso puede no haber un signo ortográfico: ni coma, ni punto, ni punto y coma; pero el poema espera de nosotros, en la lectura silenciosa o en la lectura en voz alta, una leve o insinuada interrupción. La mayúscula inicial del siguiente verso contribuiría a perfilar mejor aún esa interrupción. Los versos esticomíticos de Lope citados por Domínguez Caparrós podrían escribirse así, entonces:

Ya Jesús está de espaldas,
Y tantas penas padece,
Que con ser la cruz tan dura,
Ya por descanso la tiene.

Es un alivio: Domínguez Caparrós no los reproduce en esta forma en su diccionario. Conserva la alternancia de mayúsculas y minúsculas mandada por la sintaxis.



Esas mayúsculas iniciales en los versos serían anti-sintácticas. En el párrafo siguiente, sugiero un experimento mostrativo o demostrativo.

¿Cómo aparecerían ciertos textos modernos si los leyéramos como poemas resueltos tipográficamente “a la antigüita”, con esas mayúsculas? Por ejemplo: descubiertas o inventadas las reglas métricas de la prosa rulfiana, deberíamos escribir así el principio de *Pedro Páramo*:

Vine a Comala Porque me dijeron Que acá vivía Mi padre, Un tal Pedro Páramo...

Es un curioso y espantable monstruito tipográfico, prosístico, sintáctico, “poético” y, en fin, literario —como para el Museo del Chopo de las anomalías textuales. Como esa monstruosita mayúscula inicial de tantos versos.

He aquí la pregunta ya conocida: “¿De dónde sale o qué justifica esa, para mí malhadada, moda de comenzar cada verso de un poema con mayúscula?”, cuya respuesta iría más o menos así: quién sabe exactamente de dónde sale y no se justifica (no es una moda, desde luego).

Lo malo, en esta época, es la dictadura de los procesadores de palabras en nuestras computadoras. Una manera de librarnos, hasta cierto punto, de esa dictadura, consistiría en desactivar los mandos automáticos de revisión; así se eliminaría la mayúscula forzosa después de punto —y muchas otras situaciones problemáticas. Pero, claro, nos veríamos obligados a revisar los textos *con nuestros propios ojos*, como se ha hecho a lo largo de (casi) toda la historia de la escritura. No a todos les gustaría.

Esticomitia o no, cada nuevo verso implica, mecánicamente, en los procesadores de palabras, un punto y aparte; eso entiende la computadora y procede (o procesa) en consecuencia: pone una mayúscula en el principio del verso siguiente. El poeta no se da cuenta, concluye su obra maestra, le pone punto final y se la manda a Pedro Serrano para el *Periódico de poesía* de la UNAM con esas injustificables, innecesarias e incómodísimas mayúsculas iniciales o versales. Pedro Serrano se resigna y da a conocer el poema tal y como el poeta —criatura genial, ay, con prisa— se lo mandó. **U**